

ACTITUDES SOCIALES Y DICTADURAS: LAS HISTORIOGRAFÍAS ESPAÑOLA Y ARGENTINA EN PERSPECTIVA COMPARADA♦

Daniel Lvovich

Resumen

En este artículo se comparan, de manera necesariamente sintética los modos en que la problemática de las actitudes sociales en situación de dictadura han sido abordados por la historiografía española y argentina, considerando los objetos de estudio, métodos de análisis y fuentes empleadas.

Palabras clave

Dictadura, Argentina, España, actitudes sociales, consenso

Abstract

In this article we compare, in a necessarily synthetic form, the ways in which the problem of social attitudes over dictatorship have been approached by the Spanish and Argentine history, considering the objects of study, analysis methods and sources used.

Keywords

dictatorship, Argentina, Spain, social attitudes, consent

Recibido con pedido de publicación el 10/04/08

Aceptado para su publicación el 13/06/08

Versión definitiva recibida el 28/07/08

Daniel Lvovich es Doctor en Historia (UNLP). Se desempeña como Investigador Docente en la Universidad Nacional de General Sarmiento y como Investigador del CONICET.

♦ Este trabajo se redactó en el marco de una estadía de investigación en la Universidad de Valencia, posibilitada por una beca posdoctoral otorgada por la Fundación Carolina.

La dictadura de Franco en España y el llamado *Proceso de Reorganización Nacional* en Argentina han sido fenómenos muy distintos, y por lo tanto escasamente comparables. Más allá de algunas similitudes ideológicas – conservadurismo, tradicionalismo, escasa voluntad movilizadora – las diferencias aparecen hasta en la lectura más superficial de ambas dictaduras, en factores como la duración de los regímenes, las formas institucionales que se dieron, los grados de represión y empleo de la violencia, los modos de implicación de las Iglesias Católicas, las circunstancias del origen de cada una, los disímiles contextos en que se desarrollaron, para nombrar solo algunas entre las principales.

Sin embargo, un abordaje comparativo de las historiografías de cada caso nacional resulta una tarea pertinente, siempre que se logre evitar la tentación de la extrapolación, en el sentido que permite mirar en un contexto mayor las preguntas, perspectivas y métodos empleados en cada caso, posibilitando incluso que las desarrolladas en un caso puedan servir de inspiración para el otro.

En este trabajo realizaremos una primera aproximación a la comparación entre tales historiografías, concentrándonos en particular en la problemática del estudio de las actitudes sociales de lo que se ha convenido en llamar “gente corriente” – personas con o sin militancia política, no pertenecientes a la dirección de organizaciones políticas o sociales – en ambas situaciones dictatoriales. Dada la extensión temporal y las cambiantes circunstancias de la dictadura española, limitaremos nuestro análisis al primer franquismo, esto es, el período delimitado entre el fin de la Guerra Civil y comienzos de la década de 1950.

Contextos diferenciados y primeras aproximaciones

Pese a que el interés de la historiografía española por el franquismo fue poderoso desde el comienzo mismo de la transición, los estudios sobre las actitudes de los distintos grupos sociales han comenzado a desarrollarse en una fecha relativamente reciente. Hace una década, el prólogo a un importante libro sobre la clase obrera durante el franquismo señalaba que el interés sobre el período no había sido acompañado “de la proliferación de estudios sobre los grupos sociales, y en particular sobre los trabajadores” aunque en los años previos se habían publicado rigurosos trabajos sobre el movimiento obrero, aunque en general en escalas temporales o geográficas muy acotadas¹.

La tardía atención al fenómeno de las actitudes sociales no resultaba distinta al de las historiografías de otros países que habían atravesado

¹Carme Molinero y Pere Ysas, *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*, Madrid, siglo XXI, 1998, p. 1.

experiencias de guerra, fascismo y colaboracionismo, aunque partía de una diferencia contextual de fundamental importancia. En Italia, Alemania o Francia, algunas de las versiones del antifascismo constituyeron a la vez la piedra angular de la cultura política, el principal referente legitimador de sus democracias y el marco de referencia de las historiografías nacionales. En los tres casos, además, la historiografía pasó de una perspectiva *heroica* o *resistencial* predominante en las primeras décadas de posguerra a una renovación que desde la década de 1970 ha permitido abordar los aspectos menos críticamente percibidos, incluidos el consenso social a los regímenes fascistas o colaboracionistas en el poder, las actitudes de colaboración y la delación².

En contraste, la democracia española, y su cultura política generalizada, no han tenido como referente legitimador al antifranquismo. La mayor parte de la historiografía democrática, radical y marxista en España abandonó hace tiempo las perspectivas más simplificadoras y complacientes: "Nada se ha obviado en el análisis de la experiencia republicana; las debilidades y carencias del socialismo español desde Pablo Iglesias a la actualidad han sido estudiados y desmenuzadas sin compasión; lo mismo ha sucedido con nuestros republicanos; del que fue el partido de referencia de la resistencia antifranquista – el comunista – disponemos de todo menos de una historiografía complaciente"³. Sin embargo, afirma Ismael Saz, esta tarea de demolición de viejos mitos historiográficos no fue acompañada de la elaboración de nuevas propuestas interpretativas de conjunto. El marco que en otros países era el referente legitimador del antifascismo no lo fue en España el antifranquismo, por lo que la historiografía ibérica, operó sobre un marco de referencia inexistente sin acertar a construir otro. A estas condiciones se sumó, una extendida voluntad social de "olvidar" la experiencia franquista, que entre otras consecuencias provocó que hasta el comienzo del nuevo milenio – y en el marco de una democracia plenamente consolidada - no surgieran actores sociales que formularan nuevas preguntas sobre el pasado dictatorial, en particular sobre sus víctimas⁴.

Las propias características de un régimen que desde su misma constitución como un *Estado de campamentos* en la guerra y a lo largo de su existencia, había hecho de la represión y el terror unos de sus principales fundamentos, y que no desarrolló en general convocatorias integradoras hacia los vencidos, provocó que se considerara al temor

²Daniel Lvovich "Historia reciente de pasados traumáticos: De los fascismos y colaboracionismos europeos a la historia de la última dictadura argentina" en: *Historia Reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires, Paidós, 2007.

³Ismael Saz, "Introducción: ¿Qué hacemos con el franquismo?" en: *Fascismo y franquismo*, Valencia. Universitat de Valencia, 2004, p.17

⁴Cf. Carme Molinero "Memoria de la represión y olvido del franquismo" en: *Pasajes de pensamiento contemporáneo*, Valencia, Universidad de Valencia, 2003 y Pedro Ruiz Torres, "Los discursos de la memoria histórica en España" en: *Hispania Nova, Revista de Historia Contemporánea* <http://hispanianova.rediris.es/m> 2007

de la población española como la clave explicativa fundamental de las conductas sociales. No faltaban fundamentos para considerar esa explicación como suficiente. Si la crueldad desplegada por los *nacionales* en la guerra civil llegó a provocar la estupefacción de Farinacci o Himmler, el número de ejecuciones políticas de la posguerra – entre 130.000 y 150.000 – multiplica por más de diez las de la represión nazi y por mil las de la Italia fascista de similar naturaleza.⁵ A ello se sumaron las 400.000 personas que fueron aprisionadas en campos de concentración y los 270.000 encarcelados, sobre una población total de unos 26 millones de habitantes.⁶ El despliegue de una densa legislación represiva, el control y humillación cotidianos de la población, la reducción de buena parte de los trabajadores a condiciones económicas miserables, completan un cuadro aterrador, que parecía simplificarse dada la claridad con que se recortaba la alianza política y social de los vencedores. Como sintetizó Santos Juliá: “En el nuevo régimen, todo el que no mostrara ferviente adhesión se veía condenado al ostracismo y al silencio”⁷.

Dadas estas características, no resulta sorprendente que sólo a comienzos de la década de 1990 fueran publicados los primeros artículos de tono programático que se preguntaban por los apoyos al régimen y las actitudes sociales en el período franquista. En 1990, en una breve ponencia, Javier Moreno Luzón señaló la necesidad de estudiar los *apoyos sociales* del régimen, partiendo de la hipótesis de que su persistencia se debió en parte a estos, junto al fundamental despliegue de instrumentos eficaces de coerción. Para analizar la franja de apoyo al régimen franquista proponía distinguir entre la inmovilidad social (conseguida por medios coactivos usados de forma masiva en una primera etapa y luego de forma más selectiva); apoyo difuso (obtenido por el Régimen a través de la satisfacción de demandas de tipo simbólico y por el desarrollo económico); y apoyo específico (tomando como indicador la participación en las manifestaciones sociales organizadas por el régimen y en las instituciones vinculadas a él). El concepto de *apoyo social* incluye en esta los comportamientos de conformidad o de no oposición que el Régimen logró obtener⁸.

Ese mismo año, en un artículo programático y exploratorio sobre las actitudes sociales en Cataluña, Borja de Riquer señalaba la necesidad de considerar al conjunto de la población y no sólo a las élites políticas,

⁵ Ismael Saz, “Entre la hostilidad y el consentimiento. Valencia en la posguerra” en: Ismael Saz y Alberto Gómez Roda, *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra*, Valencia, Episteme, 1999.

⁶ Carme Molinero, op. cit., p. 28. Para una visión de conjunto de la represión franquista cf.: Santos Juliá (coord), *Víctimas de la guerra civil*, Madrid, Temas de Hoy, 1999 y Conxita Mir Curco (ed.), *La represión bajo el franquismo*, Dossier de la Revista *Ayer*, Madrid, Asociación de Historia Contemporánea/ Marcial Pons, 2003.

⁷ Santos Juliá, *Un siglo de España. Política y sociedad*. Madrid, Marcial Pons, 1999, p.154

⁸ Javier Moreno Luzón, “El estudio de los apoyos sociales del franquismo. Una propuesta metodológica” en: Santiago Castillo (coord.), *La Historia Social en España. Actualidad y perspectivas: Actas del I Congreso de la Asociación de Historia Social, Zaragoza, septiembre de 1990*, Madrid, Siglo XXI; 1991.

proponiendo dejar de considerar el antagonismo entre régimen y oposición como clave interpretativa única de la dictadura franquista. Señala que aunque el franquismo no tuvo en Cataluña una influencia ideológica notable u apoyos masivos, “tuvo éxito en conseguir imponer una pasividad política y social notable” (...) y “una apreciable despolitización popular, elemento básico para la larga pervivencia de la dictadura”⁹. El autor distingue entre unas clases medias que rechazaron mayoritariamente el franquismo, por su carácter antidemocrático y anti catalán, aunque de modo pasivo, no acompañado de una actitud opositora activa; y el apoyo de la burguesía catalana, motivado más por conveniencia económica y social que por convicción político e ideológica.

Borja de Riquer llamó la atención sobre la necesidad de prestar atención a los niveles inferiores de la administración para considerar los apoyos y sus características. La burguesía catalana participó de la administración local y provincial, niveles secundarios en el ámbito de la dirección política del país, pero que le permitía perpetuar su poder a escala local y asegurar su preeminencia sobre los trabajadores¹⁰.

La transición argentina de 1983 brindó un contexto político y cultural muy distinto al del caso español. En este caso, la tematización de la dictadura en la esfera pública fue permanente, en buena medida debido a la acción de las organizaciones de Derechos Humanos, que lograron impulsar políticas de rememoración desde antes que el régimen militar cediera paso a la renaciente democracia. La centralidad de la problemática de los Derechos Humanos en la transición y el juicio a las Juntas Militares y la publicación del *Nunca Más*, entre otros factores, fortalecieron la presencia pública de la memoria dictatorial en los primeros años de la reinstaurada democracia

En muchas de las narraciones del período sobre aquel pasado se representaba a la dictadura como un régimen militar que se instaló solamente a través de la represión y el terror sobre una población unánimemente oprimida e inocente, y que sólo había obtenido el apoyo de las cúpulas eclesiástica y empresarial. Sin embargo, algunos aportes de las ciencias sociales comenzaron de modo simultáneo a cuestionar la plena adecuación de esos relatos. De hecho, ya en 1982, cuando el régimen militar aún estaba en el poder, el sociólogo Juan Corradi señalaba que mientras los grupos dominantes buscaron en 1976

⁹Borja de Riquer i Permanyer, “Rebuig, passivitat y suport. Actituds polítiques catalanes davant el primer franquisme” en: Francesco Barbagallo et all. *Franquisme. Sobre resistència i consens a Catalunya (1938 – 1959)*; Barcelona, Crítica, 1990, p.180.

¹⁰*Idem*, p.183. *Sobre las formas de participación de sectores no originalmente franquistas en las administraciones municipales, ver Emilio Grandío Seoane, “El primer personal político del franquismo en la provincia de La Coruña (cambio y continuidad de las élites políticas municipales durante la Guerra Civil en la retaguardia nacional, 1936-1939)” en Javier Tusell, (coord.) El régimen de Franco, 1936 – 1975, Política y relaciones exteriores, Madrid, UNED, 1993 y Martí Martín Corbera, El adjuntaments franquistes a Catalunya. Política y administración municipal, 1938 – 1979, Lleida, Pagés, 2000.*

dar prioridad al restablecimiento del monopolio de la coerción, la extrema fragmentación y anomia que habían caracterizado al período anterior generaron en los grupos subordinados, y en particular en los sectores medios “una demanda primitiva de orden y una disposición generalizada a suscribir un pacto hobbesiano o, por lo menos, a respaldar la adquisición enérgica de poder soberano por parte de dictadores”¹¹. Ese mismo año Guillermo O’Donnell señalaba que la brutal política dictatorial se asentó en “una sociedad que se patrulló a sí misma”, y en “numerosas personas que, sin necesidad ‘oficial’ alguna (...) se ocuparon activamente de ejercer su propio *pathos* autoritario”¹². Aunque en los dos casos las afirmaciones resultaban muy perceptivas, resultaban hipótesis demasiado genéricas y formuladas con escaso apoyo empírico.

Por su parte, los primeros trabajos sobre las actitudes de los trabajadores durante la dictadura militar presentaron un cuadro de casi total inmovilismo como resultado de la represión, la caída salarial y el dialoguismo de la conducción sindical con el régimen. Sin embargo, estas hipótesis no se tornarían dominantes, y serían contrastadas desde el momento mismo de su enunciación por perspectivas que destacaban una apreciable resistencia obrera y sindical teniendo en cuenta la situación de represión masiva en que se desarrolló¹³. Tal perspectiva sería la que inspire al grueso de los estudios sobre los trabajadores en las décadas siguientes.

Adhesiones y consenso

Es posible sostener que los estudios españoles sobre las actitudes sociales en la época franquista coinciden en señalar que la dictadura contó con apoyos sociales relativamente amplios. Así, Molinero e Ysas han señalado que más allá del uso del terror y la represión, es indudable que la dictadura contó con importantes apoyos sociales e institucionales, esenciales para su dilatada existencia; Cándida Calvo Vicente destacó la existencia de distintos niveles y expresiones de consenso al régimen y, para el caso de Cataluña, Josep Fontana ha afirmado que el

¹¹Juan Corradi, “El método de destrucción. El terror en la Argentina” en: Hugo Quiroga y César Tcach, (comps.), *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*, Rosario, Homo Sapiens, 1996 p. 89. Publicado originalmente como “The mode of destruction: Terror in Argentina”, en: *Telos*, N° 54, 1982-1983.

¹²Guillermo O’Donnell, “Democracia en la Argentina: Micro y Macro” en Oscar Oszlak (comp.), *Proceso, Crisis y Transición democrática* de, Centro Editor de América Latina, 1982, p.17.

¹³Francisco Delich, “Desmovilización social, reestructuración obrera y cambio sindical” y León Bierber, “El movimiento obrero argentino a partir de 1976. Observaciones al trabajo de Francisco Delich”, en Peter Waldman y Néstor Garzón Valdés (comps.), *El poder militar en la Argentina, 1976-1981*, Buenos Aires, Galena, 1982-

franquismo no fue un fenómeno solo impuesto, sino que contó con la colaboración de destacados catalanes¹⁴. En un sentido similar, Michael Richards señaló que pese a que el franquismo “obtuvo su legitimidad en una guerra contra su propio pueblo” y a que “el régimen se basaba ante todo en la amenaza constante de coerción y en el recuerdo de sus violentos orígenes”, existió una base social relativamente amplia y congruente que apoyó la rebelión y el franquismo¹⁵.

Este acuerdo resulta algo más matizado en lo referente a las formas de articulación entre la coerción y las ofertas integradoras del estado dictatorial, aunque todos parten de la centralidad del terror para comprender las actitudes sociales. En tal sentido, Calvo Vicente sostiene que aunque el régimen franquista implementó tanto medidas represivas como persuasivas, estas tenían objetos diferenciados. Mientras para la masa de la población se aceptaba la indiferencia política, de los grupos sociales y políticos que habían constituido la base de apoyo inicial al franquismo se exigía la adhesión activa y la identificación ideológica. Para Molinero e Ysas, en cambio, el régimen estaba interesado en asegurar el consentimiento de los gobernados, se preocupó por conocer las opiniones y las actitudes políticas de los españoles, y desarrolló proyectos y acciones – muchas veces limitadas y contradictorias - para mantener los apoyos iniciales y ampliarlos incluso a sectores en un principio hostiles¹⁶.

El señalado interés de la dictadura por conocer las opiniones políticas de la población motivo que tanto agencias policiales como de otras instituciones estatales o del partido único (FET-JONS) realizaran con frecuencia informes al respecto. Aún considerando los problemas para lidiar con este tipo de análisis – parcialidad, tendencia a la burocratización, deseo de agradar a los superiores – las mismas constituyen una invaluable fuente para los historiadores.

Francisco Sevillano ha empleado estas fuentes para dar cuenta del estado de la opinión pública lo largo de diversos momentos del franquismo. También analizó el rol de la prensa, y el del vínculo entre el régimen y su aparato de prensa, para dar cuenta de los intentos de generar una opinión favorable hacia el franquismo. Las opiniones respecto al régimen resultaron muy variadas de acuerdo a la ubicación social y regional de sus emisores, aunque para el caso de los

¹⁴Pere Ysas y Carme Molinero, *El régimen franquista. Feixisme, modernizació y consens*, Eumo, Vic, 2003, p.96; Cándida Calvo Vicente en “El concepto de consenso y su aplicación al estudio del régimen franquista” en: *Spagna Contemporánea*, Nº 7, 1995. Josep Fontana, “El franquismo i els catalans. La necessària recuperació d'un passat incòmode” en: *El contemporani*, juny 2001, p. 21-22.

¹⁵Richards explica el apoyo de las clases medias y medias bajas españolas al franquismo por la causa de que “sectores importantes de la sociedad eran caldo de cultivo para una ideología que intentaba en todo momento criminalizar los conflictos sociales, hacer de ellos una manifestación patológica y aplicarles un tratamiento médico”. Michael Richards, *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936 – 1945*, Barcelona, Crítica, 1999, pp.9 y 18.

¹⁶Pere Ysas y Carme Molinero “La historia social en la época franquista. Una aproximación” en *Historia Social*, 30, Valencia, 1998, p. 135

trabajadores el callado rechazo resultó la actitud casi unánime. En la perspectiva de Sevillano, la propaganda del régimen. "participando del relativo fracaso del resto de los aparatos socializadores", quedó reducida a sus aspectos coercitivos. Tal característica lograba reducir toda expresión disidente al silencio, mientras " la presión ideológica hizo que la gente permaneciera sumida en la privacidad de su vida cotidiana al quedar ahogada por el miedo al aislamiento y el castigo en el momento de exponer determinadas opiniones que no contasen con el suficiente apoyo público y oficial. Pero si la capacidad *coercitiva* de la propaganda fue innegable, no lo fue tanto su influencia *persuasiva* en la consecución de adhesión o a lo sumo de la aceptación de la dictadura, pues sus efectos fueron limitados." Además de la desconfianza hacia la información difundida "oficiosamente" y a la atención prestada a los medios de comunicación clandestinos por importantes grupos de la población "en general, el acceso a la información fue reducido" a lo que se sumó "la disonancia de gran parte de los mensajes propagandísticos con las predisposiciones de la gente y su propia experiencia cotidiana"¹⁷.

Este último señalamiento resulta coincidente con la afirmación de Saz referida a que "el tipo de consenso – activo o pasivo – que busca un régimen no se corresponde necesariamente con la receptividad de la población, con las actitudes sociales de la misma. De ahí las insuficiencias de la noción de consenso y de ahí la necesidad de indagar en estas últimas"¹⁸. El franquismo tuvo menor voluntad integradora y movilizadora que el fascismo y el nazismo, pero no careció por completo de ofertas de integración "que el régimen, por su propia naturaleza y equilibrios de poder, solo practico selectivamente". Las respuestas a estas ofertas, incluidas las de los trabajadores, resultaron extraordinariamente complejas, pero permiten inferir "la amplitud de un asentimiento más negativo y resignado que simplemente pasivo"¹⁹.

En contraste, y aún reconociendo la escasa popularidad del régimen entre la mayor parte de la población española, Antonio Cazorla sostiene que desde mediados de los años cuarenta el mito político de la "Paz de Franco" logró "superar en capacidad de inclusión social a los acuñados durante la República y la Guerra Civil". Las razones de su éxito se encontraron en la acomodación del mito a la necesidad de estabilidad de los españoles frente al pasado de Guerra Civil, y a su articulación con el desprestigio de la política y con la exacerbación del nacionalismo que resultó de las medidas y condenas internacionales

¹⁷Francisco Sevillano Calero, *Ecos de papel. La opinión de los españoles en la época de Franco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000. p.36. También en base al mismo tipo de fuentes: Alberto Gómez Roda, "Actitudes y percepciones de la posguerra en Valencia. Informes de Falange, policiales, diplomáticas y del Partido Comunista", en: Ismael Saz y Alberto Gómez Roda, op.cit

¹⁸Ismael Saz: *Introducción...*, p.21

¹⁹Idem,p.22

contra el régimen²⁰, La mirada de Cazorla, aunque no desconoce el peso de la represión, parece brindar un excesivo peso explicativo al mito de Franco como factor de sustentación del régimen. En su perspectiva, incluso los derrotados, para vivir en cierta normalidad. “operaron separando al dictador de la masa de políticos, funcionarios y aprovechados de su régimen”. Así, Franco como “buen dictador” se convirtió por motivos que no tenían que ver con sus prácticas efectivas – que iban en la dirección contraria – “en el único referente de donde algo bueno podía venir en medio de una realidad moral y materialmente miserable”²¹.

Mientras las investigaciones españolas se benefician de la existencia de una gran cantidad de fuentes – como los citados informes, encuestas, testimonios diplomáticos, materiales de los partidos políticos – las disponibles para el caso argentino son, en general, mucho menos ricas para dar cuenta de las actitudes de los distintos grupos sociales. De hecho, las aproximaciones al fenómeno, en sus distintas dimensiones, se basaron en buena medida en fuentes periodísticas y otras destinadas a la circulación pública, que no resultan las más apropiadas para dar cuenta de fenómenos que no se manifiestan de modo frecuente en la esfera pública.

A la vez, mientras la historiografía española acusó desde comienzos de la década de 1990 el impacto de los debates sobre el consenso al fascismo en Italia primero y de la historia de la vida cotidiana alemana y de otras perspectivas que dieron cuenta de las actitudes sociales durante el período nazi algo más tarde, en la Argentina tales influencias resultan mucho más tenues y recientes.

Por estas causas, entre otros motivos, buena parte de las aproximaciones al problema de las actitudes sociales en Argentina resultan derivaciones de miradas “desde arriba” y no siempre resultan suficientemente documentadas-

Las investigaciones referidas a la dictadura militar instaurada en Argentina en 1976 coinciden en señalar que, la dictadura pudo consumarse debido a que se articuló con una larga tradición de autoritarismo y de negación de los derechos del adversario político, cuyos elementos reorganizó y llevó a sus extremos.²²

También es amplia la coincidencia en señalar que en un primer momento, una significativa mayoría de la sociedad apoyó el golpe de estado, debido a que fue considerado como una salida a la crisis económica, el derrumbe institucional y la violencia política que caracterizaron a los meses previos a la intervención militar. Es

²⁰Antonio Cazorla Sanchez, *Las Políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938 – 1953)*, Madrid, Marcial Pons, 2000, pp. 224 -225

²¹Idem, p.229

²²Luis A. Romero, “Las raíces de la dictadura. La sociedad como cómplice, partícipe o responsable” en *Puentes*, Año I, N° 3, marzo de 2001 y Pilar Calveiro, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en la Argentina*, Buenos Aires, Colihue, 1998.

representativa de esta extendida postura la afirmación de Hugo Quiroga, que sostiene que con el golpe de 1976 una parte relevante de la población manifestó, "pasiva y silenciosamente, su creencia en que la necesidad de recuperar un orden social dañado sólo se podría encontrar en el marco de la dominación militar". Sin embargo, el régimen militar de 1976 no se apoyó en la conquista de una nueva forma de legitimación sino en la crisis de legitimidad del régimen civil precedente, y en la previa existencia de un sistema político que combinó en su funcionamiento a los gobiernos civiles con los militares. Quiroga es terminante al momento de señalar que la intervención militar fue legitimada por la totalidad de las formaciones políticas mediante el reconocimiento del papel de las FFAA en la lucha contra la subversión, ya que "esa fue la legitimidad de origen permanentemente invocada por la administración de facto." Tales actitudes, en la óptica de Quiroga, no fueron sólo patrimonio de los partidos políticos: "La falta de fidelidad es también imputable a la mayoría de los ciudadanos que buscan, en la dominación militar, fórmulas alternativas de legitimidad"²³. En esta perspectiva, la posterior deslegitimación y aislamiento social de la dictadura se debió al carácter destructivo de sus políticas económicas y a la incapacidad del régimen para lograr articulaciones sociales amplias.

Sin embargo, estas afirmaciones no gozan de un acuerdo unánime. Mientras Quiroga destacó la centralidad de la "lucha antisubversiva" como elemento generador de consenso, Ricardo Sidicaro y Hugo Vezzetti coincidieron en señalar que la destrucción de las organizaciones guerrilleras ganó importancia en el discurso legitimador de la dictadura muy tardíamente, una vez que el régimen militar fracasó en cada una de las metas de su proyecto "refundacional"²⁴.

También son contrastantes la afirmación de Quiroga acerca de la importancia que las FFAA dieron desde un comienzo a la legitimación de su intervención - pretendiendo organizar el consenso a través de un discurso que constataba las crisis sucesivas por las que atravesó el país, la teoría del vacío de poder y la denuncia del peligro de la "subversión terrorista" - con la postura al respecto de Palermo y Novaro, que señalan que en los días de su ascenso al poder, los militares encontraron en el carácter difuso y reactivo del consenso social la confirmación que necesitaban para concluir en la "conveniencia de establecer claras distancias frente a la sociedad, a la que percibían carente de miras o aspiraciones de largo aliento y globalmente enferma". Tal diagnóstico no exceptuaba siquiera a los grupos más entusiastas con el golpe,

²³Hugo Quiroga, *El tiempo del proceso. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares, 1976 - 1983*, Rosario, Ross, 1994, p. 492. A conclusiones similares arribó María de los Ángeles Yanuzzi, *Política y Dictadura*, Rosario, Fundación Ross, 1996.

²⁴Hugo Vezzetti, *Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, pp. 88 - 89; Ricardo Sidicaro, "El régimen autoritario de 1976: Refundación frustrada y contrarrevolución exitosa" en: Hugo Quiroga y César Tcach (comps.), *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*. Rosario, Homo Sapiens, 1996, p.21

como los grandes empresarios y terratenientes. Novaro y Palermo concluyen por lo tanto que en las etapas iniciales del golpe los militares en el poder no consideraban la necesidad de garantizar el acompañamiento civil "imbuidos como estaban de una fe mesiánica en sus planes refundacionales y regenerativos"²⁵. Otros autores, en cambio, enfatizan en la centralidad de las "convocatorias" realizadas por la dictadura, que intentaron aprovechar los sentimientos nacionalistas para contrarrestar las campañas internacionales de denuncias, ganar consenso con la guerra de Malvinas o instrumentar en provecho propio los éxitos deportivos argentinos²⁶.

Sin embargo, los modos en que estas apelaciones fueron recibidas por distintos grupos sociales no han sido estudiados de un modo exhaustivo, pese a que en muchos casos se desplegaron hipótesis interpretativas amplias.

Respecto a los grupos sociales que dieron su apoyo a la dictadura, las hipótesis propuestas destacan el apoyo de las burguesías y los sectores medios, aunque aún es preciso desarrollar investigaciones que expliquen en detalle las actitudes de la mayor parte de la población. Hugo Vezzetti ha señalado que la Argentina fue una sociedad más prudente que aterrorizada, con una disposición flexible hacia el régimen militar, presente tanto en los sectores empresarios, eclesiásticos y políticos que obtenían beneficios tangibles de la dictadura, como en las extensas capas medias que disfrutaban de la sobrevaluación del peso. Se trataba en su óptica de una sociedad que, en su amplia mayoría, "compartía, aunque fuera por una relación delegativa con los guerreros, la visión básica de un antagonismo que sólo podría resolverse por la aniquilación del enemigo"²⁷.

Palermo y Novaro destacaron que aunque eran reducidos los grupos políticos y sectores sociales dispuestos a un acompañamiento activo del gobierno militar, un núcleo social reducido pero influyente, y que conoció desde el comienzo los métodos represivos empleados, dio su pleno apoyo al régimen de facto. Otros sectores consintieron la represión ilegal entendiendo que era típica de las dictaduras militares, mostrándose dispuestos a aceptar restricciones pasajeras a las libertades. La modalidad de la represión, a la vez visible e invisible, oficial y clandestina, determinó que las personas pudieran dar cuenta de la situación con un "amplio margen para construir su interpretación y para 'decidir' ver o no ver, saber o no saber, entender o no entender"²⁸. Podemos concluir entonces que si las conductas de las cúpulas de distintas organizaciones han sido estudiadas con distintos grados de

²⁵Marcos Novaro y Vicente Palermo, *La dictadura militar (1976 – 1983). Del golpe de estado a la restauración democrática*, Buenos Aires, Paidós, 2003, p. 25.

²⁶Sirlin, Ezequiel, "La última dictadura: genocidio, desindustrialización y el recurso a la guerra (1976-1983)", en AA.VV., *Pasados presentes. Política, economía y conflicto social en la historia argentina contemporánea*, Dialektik, 2006

²⁷Hugo Vezzetti, op. cit., p. 67

²⁸Vicente Palermo y Marcos Novaro, op.cit., pp. 132 - 33

exhaustividad, las actitudes de la “gente corriente” aún esperan la multiplicación de estudios monográficos que nos permitan aproximarnos con mayor precisión al fenómeno.

Empresarios y trabajadores

Como han señalado Molinero e Ysás la historiografía ha prestado más atención a las actitudes de las clases trabajadoras que a las clases burguesas y las medias, probablemente porque se daba por sentado su apoyo al régimen dictatorial. Sin embargo, los estudios de caso demuestran la necesidad de revisar estas presunciones, no porque no sean en general adecuadas, sino porque pueden ser matizadas²⁹.

Existe un acuerdo en la historiografía española acerca de que la burguesía apoyó en bloque al régimen, aunque variando en sus motivaciones y con diferencias regionales marcadas³⁰. En base a fuentes estatales, de empresas y de organizaciones gremiales empresariales, las investigaciones concluyen que para el conjunto de la burguesía española, incluidas la vasca y la catalana, el régimen de Franco fue el restaurador de un orden social amenazado, y el garante de una situación excepcionalmente favorable gracias a los bajísimos salarios, las protecciones al mercado nacional y en algunos casos los negocios no legales y la demanda estatal de bienes industriales. Ello no implicaba una integración política plena, ya que las burguesías vasca y catalana continuaron ocupando un papel periférico dentro del bloque social dominante.

Las garantías de dominación social que ofrecía el régimen no impedían la crítica o la oposición cuando los industriales consideraron que sus intereses eran perjudicados, como demuestran las continuas objeciones al intervencionismo estatal en el plano económico o la exitosa campaña contra la elección de jurados de empresa, pese a que se trataba de una forma de representación sindical absolutamente limitada y subordinada³¹. Las fuentes policiales empleadas por Cazorla también dan cuenta de formas de descontento político de propietarios industriales, aunque no dirigida contra el régimen en bloque sino contra algunos de los sectores que formaban parte del gobierno³².

En el caso de la gran burguesía vasca, aunque no faltaban los nacionalistas entre sus filas, tras la huelga de 1951 que contó con el apoyo del PNV, su central gremial respaldó la feroz represión contra los

²⁹ Carme Molinero y Pere Ysás, “La historia social ...”,

³⁰ Idem, y de los mismos autores *El régimen franquista...*,

³¹ Cf. José María Lorenzo Espinosa, *Dictadura y dividendo: el discreto negocio de la burguesía vasca: (1937-1950)*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1989; Carme Molinero y Pere Ysás “Los industriales catalanes y el primer ‘ventennio’ franquista: ¿Adhesión política y disidencia económica?” José María Garmendia y Manuel González Portilla, “Crecimiento económico y actitudes políticas de la burguesía vasca en la postguerra”, ambos en: Isidro Sánchez, Manuel Ortiz y David Ruiz (coords.), *España franquista. Causa general y actitudes sociales ante la dictadura*, Ediciones de la Universidad de Castilla la Mancha, 1993.

³² Antonio Cazorla, op. cit., p.215-

trabajadores, privilegiando sus intereses sociales por sobre su identidad política³³.

En el caso argentino, las actitudes de los distintos sectores de la burguesía han recibido por parte de la historia política un tratamiento que se basó casi exclusivamente en el uso de fuentes periodísticas y declaraciones públicas que muestran su fuerte identificación política con el régimen militar, al que sin embargo algunos sectores criticaron por sus programas económicos³⁴. Recientemente han sido estudiados los casos extremos de empresas que convocaron a las Fuerzas Armadas a sus sedes y entregaron listas de los trabajadores que serían secuestrados, y en cuyas sedes se establecieron centros clandestinos de detención y tortura de prisioneros³⁵.

La historia económica ha hecho aportes sustanciales a la comprensión de la articulación de los intereses de los sectores más concentrados de la burguesía y el régimen militar, y sobre los efectos de las políticas económicas dictatoriales sobre el disciplinamiento social de trabajadores y los sectores subordinados de la burguesía.³⁶ También estudios sociológicos han abordado la cuestión, en clave de alianzas sociales y articulaciones económicas y corporativas³⁷. Sin embargo, el detallado examen propio de la historia social está aún todavía en ciernes en Argentina.

Los estudios sobre actitudes de los trabajadores son más abundantes en ambos casos, y en buena medida siguieron claves interpretativas similares, en busca de dar cuenta de las formas de resistencia alternativas que se desarrollaron ante la imposibilidad de recurrir a los tradicionales medios de lucha.

Más allá de que en ambos casos existieron políticas represivas por parte de los estados, un enorme refuerzo del control patronal sobre la disciplina laboral, y que tanto en la España de Franco como en la Argentina dictatorial se conjugaron un enorme descenso de los salarios con un deterioro marcado de las condiciones de trabajo, las diferencias entre ambos casos son enormes.

En la Argentina los sindicatos fueron en su mayor parte intervenidos, pero no se crearon instituciones destinadas a encuadrar de un modo nuevo a los trabajadores. Aunque existieron algunas disputas entre el Ministerio de Trabajo y el de Economía respecto a la política salarial, no existió en el bloque social dominante en la Argentina sector alguno que

³³ José María Garmendia y Manuel González Portilla, op. cit, pp. 193 - 195

³⁴ El más completo entre los textos que dan cuenta de la cuestión es el ya citado de Palermo y Novaro.

³⁵ Victoria Basualdo, "Complicidad patronal-militar en la última dictadura argentina. Los casos de Acindar, Astarsa, Dálmine Siderca, Ford, Ledesma y Mercedes Benz", Buenos Aires, *Engranajes*, FETIA-CTA suplemento especial, marzo de 2006.

³⁶ Una buena síntesis de el abundante conjunto de estudios al respecto se puede encontrar en Eduardo Basualdo, *Estudios de historia económica argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

³⁷ Alfredo Pucciarelli (comp.), *Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

sustentara un proyecto político de inclusión, aún subordinada, de los trabajadores.

En el caso español el régimen creó la Organización Sindical Española (OSE), a partir de las Centrales Nacionales Sindicalistas de Filiación Falangista, de la Confederación Española de Sindicatos Obreros de carácter católico y de la Obra Nacional Corporativa vinculada al Carlismo. Junto con estas tres organizaciones integraron la nueva organización sindical las asociaciones patronales, ya que su objetivo era agrupar a todos los trabajadores y empresarios. Si bien inicialmente la afiliación fue voluntaria. En 1942 se estableció la afiliación obligatoria de todos los 'productores' – empresarios, técnicos y trabajadores – a la Organización Sindical. El Estado Nacional Sindicalista "reservó a la Organización Sindical Española las funciones básicas de encuadrar, controlar, disuadir, y eventualmente reprimir, a los trabajadores" (...) "La OSE fue un instrumento de encuadramiento y de control de los trabajadores, de disuasión ante posibles actitudes de protesta y de reivindicación, y de represión si la función disuasoria fracasaba"³⁸. En el bloque en el poder en España el falangismo desplegó una retórica de la justicia social, e intentó obtener el apoyo de los trabajadores, en particular en los primeros años del régimen.

No existen dudas acerca de los efectos de las políticas represivas franquistas. La violencia extrema en los primeros tiempos, "...pero también las características de la jurisdicción militar responsable de la represión política durante los primeros veinticinco años del régimen, con la extraordinaria dureza de las tipificaciones delictivas y las limitadísimas garantías para los procesados, junto con la brutalidad policial – con la práctica habitual de la tortura a los detenidos – tuvo consecuencias de larga duración: atemorizó al conjunto de generaciones adultas desde los años de la guerra civil hasta finales del decenio de los años cincuenta"³⁹. A ello se sumó la depuración de los vencidos en empresas privadas y empleos públicos. En este último caso, los puestos de los depurados fueron ocupados por personas fieles al régimen.

La mayor parte de los trabajadores españoles eran muy conscientes de su condición de vencidos, que por otra parte les era recordada constantemente "por tanto su actitud predominante durante los primeros años de la posguerra fue el rechazo pasivo del nuevo régimen. Esa actitud de rechazo era claramente percibida por las autoridades franquistas aunque públicamente afirmaran lo contrario"⁴⁰.

La casi totalidad de las fuentes en que se basan las investigaciones sobre el período señalan la hostilidad del grueso de los trabajadores al franquismo y sus organizaciones. Pero el rechazo y la hostilidad hacia el régimen y el malestar obrero por las difíciles condiciones de vida no se tradujeron en una importante conflictividad social ni en un apoyo

³⁸ Carme Molinero y Pere Ysas, *Productores....*, p.6 -10

³⁹ Idem, p. 41

⁴⁰ Ibidem 26

masivo y activo a los grupos antifranquistas, como los grupos sindicales clandestinos o la resistencia armada del *maqui*.

Los trabajadores se mantuvieron pasivos tanto debido a la política de terror cuanto debido a que la falta de expectativas razonables de cambio estimuló su resignación⁴¹. También la lucha por la supervivencia física impidió la organización de la resistencia, ya que los sectores populares debieron concentrar todos sus esfuerzos en garantizar su subsistencia cotidiana⁴². El recuerdo de la guerra civil, y su empleo como amenaza por la dictadura también es considerado como un factor que explica la pasividad “ya que también para una parte importante de la clase obrera las experiencias y recuerdos eran de signo negativo: violencia, inseguridad, hambre y todo tipo de privaciones, y por tanto, todo aquello que comportara el riesgo de reabrir la contienda era rechazado, y naturalmente la dictadura azuzó continuamente el miedo a la guerra civil”. Las divisiones y las luchas internas que caracterizaron la vida política en la zona republicana también influyeron negativamente en el ánimo de amplios sectores populares, especialmente en los menos identificados con los proyectos revolucionarios y con las organizaciones antifascistas⁴³.

La general y silenciosa hostilidad no debe ocluir la existencia de franjas obreras en que la actitud predominante fue la indiferencia política, especialmente entre los sectores que habían permanecido al margen de la intensa movillización de la década de 1930. También existieron sectores obreros minoritarios que apoyaron la dictadura, por motivos ideológicos o por las oportunidades de trabajo y ascenso social que ofreció el estado franquista a sus partidarios⁴⁴. Entre estos casos se encuentran los de militantes de la CNT que ocuparon puestos locales o nacionales en la dirección de los sindicatos franquistas, así como los de jornaleros y obreros que en pueblos andaluces se incorporaron a la Falange antes de la guerra civil⁴⁵.

A la vez, el panorama de extendida pasividad se matiza no sólo por la subsistencia clandestina de organizaciones obreras, sino por la existencia de protestas espontáneas y peticiones colectivas, siempre fuertemente reprimidas. También se registraron expresiones de protesta anónimas- por ejemplo a través de letreros en los baños - y en

⁴¹Este punto resulta un denominador común en los estudios sobre los trabajadores. Entre la muy abundante bibliografía de las últimas dos décadas al respecto, además de los ya citados trabajos de Molinero e Ysás pueden consultarse Antonio – Miguel Bernal, “Resignación de los campesinos andaluces: La resistencia pasiva durante el franquismo”, José Gómez Alen, “La nueva conflictividad industrial. La experiencia de Galicia” y José Babiano, “Madrid bajo la dictadura: tres momentos de la conflictividad obrera”, en: Isidro Sánchez, Manuel Ortiz y David Ruiz (coords.), op. cit.; y Sebastián Balfour, *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1988)*, Valencia, Alfons El Magnanim, 1994.

⁴²Michel Richards, op. cit., p.195.

⁴³Carme Molinero y Pere Ysás, *Productores...*, p.29

⁴⁴Carme Molinero y Pere Ysás, “La historia...”

⁴⁵Antonio Miguel Bernal, op. cit., pp. 156 -157; Alfonso Lazo, *Retrato de fascismo rural en Sevilla*, Sevilla, Universidad e Sevilla, 1998, pp. 32 – 42.

ocasiones, como en la minería asturiana, una disminución general del rendimiento laboral, interpretada como una manifestación de resistencia⁴⁶. Los trabajadores aprovecharon las instituciones laborales franquistas presentando individualmente reclamos de naturaleza defensiva. El conflicto individual reemplazó al colectivo, eliminado por los mecanismos de coacción del Estado, y se manifestó en ocasiones de modo masivo⁴⁷. Se debe señalar por último que entre 1945 y 1947 apareció un brote de conflictividad en Cataluña- exclusivamente obrero - y el País Vasco –apoyado por el PNV - en grandes fábricas, motivadas por la expectativa de cambio abierta con la derrota de los fascismos, ambas severamente reprimidas. A partir de esa fecha, miembros de organizaciones obreras clandestinas se presentaron para cargos de enlaces sindicales en las organizaciones oficiales, en otros casos se boicotearon esas las elecciones o el rechazo se expresó a través del voto de mofa⁴⁸.

La mayor parte de los trabajos académicos sobre los trabajadores argentinos durante la dictadura militar están dedicados a analizar la dimensión de la resistencia obrera en condiciones de extrema represión, tendiendo a diferenciar entre las prácticas de las bases y las de las dirigencias. Las miradas politológicas han destacado que mientras las direcciones gremiales buscaron defender las estructuras sindicales, y dialogar con las Fuerza Armadas, las bases obreras desarrollaron esporádicamente formas de resistencia, ya que “la inmensa mayoría de los conflictos sociales entre 1976 y 1982 se registran a través de la empresa y de la acción sindical de base, siendo a veces el producto de la protesta espontánea de esa base”⁴⁹. De acuerdo a estas perspectivas, la acción autónoma de las bases obreras tuvo efectos sobre la dirigencia y contribuyó a generar el ala confrontacionista que desde 1979 desarrolló formas de lucha organizadas local y nacionalmente.

Investigaciones que usaron fuentes de organizaciones clandestinas y producidas en el exilio, además de materiales periodísticos destacan el accionar de la dirigencia semiclandestina y de las comisiones internas de fábrica o “delegados provisorios” en la organización de formas de resistencia⁵⁰. Ante las dificultades para emplear los tradicionales

⁴⁶ Carme Molinero y Pere Ysas, *Productores....*, pp.29 – 31.

⁴⁷ Jose Antonio Mingo “La conflictividad individual en Madrid bajo el franquismo (1940 – 1975) en Alvaro Soto (dir.) *Clase obrera, conflicto laboral y representación sindical*, Madrid, US de Madrid de CCOO, 1994); Carmen Benito “El conflicto individual en la clase obrera asturiana, 1949 – 1958”, en Javier Tussell, Alicia Alted y Abdon Mateos, *La oposición al régimen de Franco. Estado de la cuestión y metodología de la investigación*, Madrid, UNED, 1990 y *La clase obrera asturiana durante el franquismo*, Madrid, siglo XXI, 1993, pp.400 y ss.

⁴⁸ Carme Molinero y Pere Ysas, *Productores....*, pp.36 - 40.

⁴⁹ Fernández, Arturo, *Las prácticas sociales del sindicalismo (1976-1982)*, Bs. As., CEAL, 1985, p. 72.

⁵⁰ Pablo Pozzi, *Oposición obrera a la dictadura (1976-1982)*, Buenos Aires, Contrapunto, 1988, Falcón, Ricardo, “La resistencia obrera a la dictadura”, en: Quiroga, Hugo y Tcach, César (comps.) *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*. Rosario, Homo Sapiens, 1996.

métodos huelguísticos, aparecen en el período nuevas formas de lucha, como el sabotaje, o el trabajo "a reglamento" o "a tristeza". Aunque las conclusiones sobre los sentidos y alcances de estas formas de lucha no son unánimes, estos trabajos tienen en común una mirada que se dirige en particular a la búsqueda de resistencias, aunque no de otros aspectos de la existencia de los trabajadores, concentrándose en particular en los obreros industriales desde una perspectiva que pretende dar cuenta del conjunto del país. Entre los trabajos que analizan casos particulares algunos se concentran igualmente en las prácticas de resistencia⁵¹. Sólo en estudios más recientes se incorpora la dialéctica de la negociación y la resistencia en el análisis, y se logra reintegrar la acción de la dirigencia sindical de nivel local como mediadores y representantes activos de los trabajadores, eludiendo las visiones dicotómicas entre resistentes y cómplices, e introduciendo significativos matices en la consideración de sus prácticas⁵².

Investigaciones centradas en el desempeño de las burocracias estatales permiten iluminar otros aspectos de la experiencia de los trabajadores. Mientras en el caso español, tras la depuración, los cargos de la administración pública fueron ocupados por personas afines al régimen, los cargos dejados vacantes en Argentina no fueron masivamente cubiertos, como regla general, por *procesistas*. Para el caso de las burocracias provinciales y municipales se ha constatado además que buena parte de los cargos directivos fueron ocupados por personas que sin adscribir al régimen, encontraron en el contexto dictatorial una oportunidad de ascenso laboral. En tal sentido, las regularidades de la vida burocrática, y las pequeñas ambiciones personales incidieron sobre la decisión de asumir cargos públicos en un contexto de dictadura, resultando esta una dimensión de la historia de los trabajadores que se debe considerar⁵³.

Sin embargo, no contamos hasta el momento con estudios que den cuenta de la multidimensionalidad de la experiencia de los trabajadores argentinos durante la dictadura militar, y de la multiplicidad de sus actitudes.

Vida cotidiana y nuevos métodos de análisis

Los estudios sobre vida cotidiana desarrollados en distintos países han permitido un acercamiento renovado e iluminador sobre las

⁵¹Rafael Bitrán Rafael y Alejandro Schneider, "Dinámica social y clase trabajadora durante la dictadura militar de 1976-1983. Estudio de la zona norte del Gran Buenos Aires en particular de las fábricas Del Carlo y Ford Motors", en: AA. VV., *Nuevas tendencias en el sindicalismo: Argentina – Brasil*, Buenos Aires, Biblos, 1992

⁵²Dicósimo, Daniel; "Dirigentes sindicales, racionalización y conflictos durante la última dictadura militar" en: *Entre pasados*, Nro. 29, principios de 2006

⁵³Daniel Lvovich, "Micropolítica de la dictadura: Poder municipal y asociacionismo local, entre la aceptación y el distanciamiento" y Laura Rodríguez, "Gobierno municipal, descentralización educativa y funcionarios en la provincia de Buenos Aires durante la dictadura militar" en German Soprano. y Ernesto Bohoslavsky (comps), *Funcionarios e instituciones estatales en Argentina (de 1880 a la actualidad)* Buenos Aires, UNGS, 2008. (en prensa)

experiencias y actitudes sociales bajo dictaduras. Estos estudios permiten examinar las regularidades de la existencia de distintos grupos sociales y la intersección entre las esferas pública y privada, restituyendo la agencia a los sujetos y mostrando la extraordinaria diversidad de las actitudes sociales, y las dificultades para reducirlas a categorías como consenso u oposición. La combinación de fuentes escritas y orales ha mostrado ser muy fructífera para iluminar estos problemas.

Mientras en el caso argentino esta perspectiva tuvo escaso desarrollo, en el español posibilitó desarrollar investigaciones sólidas e innovadoras⁵⁴. Este es el caso de los trabajos compilados en *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra*⁵⁵. Se trata de investigaciones fuertemente influidas por los aportes de la historia de la vida cotidiana alemana, la *Alltagsgeschichte*, tanto en lo que hace a métodos de investigación cuanto en los modos de aproximarse al problema⁵⁶. Ello se observa en el reconocimiento de una gran variedad de actitudes posibles, que tornan insuficientes para su aprehensión el uso de categorías como las de consenso u oposición, y la atención a los márgenes individuales para reapropiarse de las condiciones de su dominación. Los trabajos también se beneficiaron de los modos de abordaje desarrollados por Luisa Passerini, tanto por un uso de las fuentes orales más sintomático que literal, como por la atención a las señales casi imperceptibles del disenso en la cultura⁵⁷.

En los trabajos compilados en este texto, la distinción entre *vencedores* y *vencidos*, aunque se superpone en general a la de clase, resulta fundamental para comprender las actitudes sociales, ya que existieron importantes sectores de las clases populares que se identificaron con los vencedores. Para ellos, esta identificación sería mucho más determinante que su propio origen social. Del análisis de los relatos de los entrevistados se desprende no sólo la existencia de memorias divididas - unos recuerdan el terror y la represión franquista pero tienden a olvidar la violencia en la zona republicana, otros lo contrario - sino amplias zonas intermedias, tanto en cada memoria individual cuanto en franjas de ciudadanos que se situaron en posiciones de relativa neutralidad. Esta actitud derivó en actitudes de indiferencia, presentes

⁵⁴Para el caso argentino, una primera aproximación a la problemática, de tono periodístico son los libros de Mariana Caviglia, *Dictadura, vida cotidiana y clases medias. Una sociedad fracturada*, Buenos Aires, Prometeo, 2006 y *Vivir a oscuras: escenas cotidianas durante la dictadura*, Buenos Aires, Aguilar, 2006.

⁵⁵Ismael Saz y Alberto Gómez Roda, *op. cit*

⁵⁶Sobre la *Alltagsgeschichte* se pueden consultar Alf Lüdtke, "De los héroes de la resistencia a los coautores. "Alltagsgeschichte" en Alemania". *Ayer*, N°19, 1995; Ian Kershaw, *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de investigación*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, cap.8: "¿Resistencia sin el pueblo?", Peter Baldwin: "The *Historikerstreit* in Context", en Peter Baldwin (ed.): *Reworking the Past. Hitler, the Holocaust and the Historians Debate*, Beacon Press, Boston, 1990.

⁵⁷Luisa Passerini, *Fascism in Popular Memory. The Cultural experience of the Turin Working Class*, Londres y París, Cambridge University Press y Editions de la Maison des Sciences del'Homme, 1987.

en los sectores dispuestos a buscar posiciones equidistantes entre una realidad que podía no gustarles y el pasado de la Guerra Civil que no querían ver repetido. Entre ellos se contaban antiguos republicanos, que, atrapados entre el rechazo a la dictadura y el recuerdo de la violencia en zona republicana, posibilitaron la penetración de sentimientos de identificación con el régimen de sus hijos, en el contexto de la recatolización de las clases medias.

La necesidad de reencontrar una sensación de orden tras la Guerra Civil, el miedo a la represión y la lucha por la supervivencia física constituyeron los impulsos para la búsqueda o construcción de una normalidad que, como explica Saz “habría de ser sin política”. Esta actitud llevaba implícita la idea de olvidar el enfrentamiento y una voluntad de reconciliación. Ello comportaba una actitud ambigua frente al régimen, que no suponía una aceptación del mismo y podía expresar una voluntad de aislamiento y no colaboración, pero excluía también la idea de la oposición o de la resistencia activa.

Esa normalidad sin política se tradujo en un retiro a la vida privada pero se manifestó también en la construcción de espacios de sociabilidad sin política, como bandas musicales o *casales falleros*, en los cuales regía la exclusión de la política y la voluntad de reconciliación. Estas asociaciones eran pasibles de aceptar las ofertas del poder, pero también de desarrollar ambiguas formas de resistencia cultural.

En cuanto a los trabajadores, las conclusiones genéricas están en línea con las de la mayor parte de la historiografía, en el sentido de señalar una hostilidad mayoritaria, aunque pasiva, hacia el régimen. Las investigaciones muestran la existencia de muestras de disenso y protestas: transgresiones a la moral del régimen en la vida cotidiana, ralentización de los ritmos de producción en los lugares de trabajo, protestas legales y formas organizadas de oposición. Este conjunto de prácticas representan indudables formas de protesta y expresión de disidencia, aunque resultaron en general minoritarias.⁵⁸

En contraste, entre los trabajadores aparece también la disposición a valorar positivamente algunas políticas del régimen, como las de paternalismo social, o la acción de algunos de sus funcionarios. A la vez, cuando el tema del colaboracionismo de antiguos militantes de la CNT aparece en las entrevistas, la opinión mayoritaria va en la línea de comprender o más frecuentemente justificar la opción de los colaboracionistas. Esta circunstancia “altera radicalmente la percepción de un fenómeno respecto del cual la historiografía ha tendido a seguir la opinión de las direcciones de las organizaciones obreras mucho más que la de los militantes o trabajadores de base”⁵⁹.

Las investigaciones distinguen entre un primer momento de terror, miseria y humillación y la segunda década en que la represión aminoró, la pobreza reemplazó a la miseria y se estableció una “normalidad sin

⁵⁸Ramiro Reig, “Repertorios de la protesta. La posición de los trabajadores durante el primer franquismo” en: Saz y Gómez Roda, op. cit.

⁵⁹Ismael Saz, “Entre la...”, en Saz y Gómez Roda, op. cit, p.32

política". A fines de la década de 1940 y comienzos de los años cincuenta la "gente corriente" alivio su situación y el régimen consiguió un consentimiento mayoritario. La represión "al garantizar el miedo, la pasividad y la resignación de la población se convirtió, sin que ello sea paradójico, en una condición para asegurar el consentimiento"⁶⁰. A ello se sumó el recuerdo de la guerra civil y la "necesidad acuciante de instaurar una normalidad en la vida cotidiana" para explicar "el consentimiento mayoritario" que alcanzó el régimen. Sin embargo, el consentimiento estaba lleno de matices diferenciadores, desde el apoyo fervoroso de los vencedores a su resignada aceptación como mal menor⁶¹. Aún en aquel momento, tanto en cada persona como en la mayor parte de las clases populares las actitudes parecen marcadas por una radical ambigüedad.

Tal como sintetiza Saz: "Entre los polos de la adhesión inquebrantable y de la oposición militante, cabría situar, a un lado, una amplia zona de consentimiento y aceptación pasiva, con diversos grados de identificación, convencimiento y resignación del 'mal menor'; y al otro, una zona no menos amplia de disentimiento pasivo, con diversos grados también de resignación al 'mal inevitable', rechazo y propensión a la protesta". No serían estas zonas estancas, ya que de uno al otro "...existiría una amplia gama de actitudes en la que es posible encontrar las más variadas combinaciones y evoluciones. Pero en la que destacaría una inmensa zona intermedia atravesada por todas las tonalidades del gris"⁶².

Más allá de las conclusiones particulares de este libro, las maneras de pensar y tratar el problema de las actitudes sociales resulta sumamente sugerente, al permitir abordar el problema con suficiente sustento empírico y conservando las conclusiones toda la complejidad, variedad y ambigüedad del fenómeno.

Consideraciones finales

Hemos descrito en las líneas precedentes, de modo muy sintético, las principales tendencias y aportes en el estudio de las actitudes sociales bajo dos experiencias dictatoriales de muy distinta naturaleza.

Ambas historiografías tienen un desarrollo muy reciente, y algunos puntos en común. Entre ellos se destaca un tratamiento de las actitudes de los trabajadores que buscó manifestaciones de resistencia que adquirieron carriles no tradicionales – dadas las condiciones de represión – que permitieran romper con la imagen de una extendida pasividad.

⁶⁰Joan Adriá, "Los factores de producción de consentimiento político en el primer franquismo: consideraciones apoyadas en el testimonio de algunos lirianos corrientes", en Saz y Gómez Roda, op. cit., p.127

⁶¹Idem, p.157

⁶²Ismael Saz, "Entre la....", en Saz y Gómez Roda, op. cit, p.35

Sin embargo, las diferencias entre ambas historiografías son amplias. En primer lugar, la española resulta mucho más fundada en una multiplicación de estudios locales y de análisis monográficos de casos, mientras en el caso argentino las generalizaciones no encuentran en muchos casos un sustento similar. De hecho, solo muy recientemente se comenzaron a publicar estudios locales de caso que recojan esta problemática⁶³.

Los investigadores españoles disponen de una serie de fuentes sumamente relevantes para el estudio de la opinión pública y las conductas sociales, contrastando con el caso argentino. A ello se suma que en el caso español la preocupación por desarrollar aproximaciones teóricas apropiadas al problema contrasta con cierta desatención al respecto en el argentino. En España tal característica permitió, aunque de un modo aún muy acotado, el empleo de métodos sofisticados de abordaje y el desarrollo de hipótesis más matizadas.

Tratándose el de las actitudes sociales de un objeto variable, cambiante y difícil de ser explicado a través de fórmulas rígidas, su abordaje impone desafíos considerables. Pero a la vez, si se pretende dar cuenta de las conductas de la sociedad y sus complejas vinculaciones con los regímenes dictatoriales, su estudio resulta imprescindible.

Evitando las traslaciones inadecuadas o los esquemas forzados, la reflexión sobre el abordaje de este objeto en otras latitudes resulta un importante aporte para desarrollar herramientas conceptuales que nos permitan dar cuenta de nuestro propio caso.

⁶³Gabriela Aguila., *Dictadura, represión y sociedad en Rosario (1976/1983). Un estudio sobre la represión y los comportamientos y actitudes sociales en dictadura*, Buenos Aires, Prometeo, 2008.